

NOTA PRELIMINAR.

LA CIENCIA FICCION.

A menudo resulta difícil determinar si un relato es de ciencia ficción o no. Para aclarar conceptos diremos que no es necesario que un relato trate de seres extraterrestres o naves interplanetarias para que sea de ciencia ficción. No es necesario, ni tampoco suficiente, hacen falta muchos otros elementos, algunos de los cuales serán mencionados a continuación.

Uno de los argumentos favoritos de los que atacan la ciencia ficción, como un género literario auténtico y valioso, consiste en afirmar que se trata de un simple género "de evasión", de un conjunto de "cuentos de hadas" tecnológicos, en los que los duendes, magos y dragones han sido sustituidos por robots, mutantes y monstruos extraterrestres.

No se puede negar que la ciencia ficción nos aleja de la realidad cotidiana, pero alejarse no significa necesariamente evadirse. El pintor se aleja del cuadro para lograr una visión de conjunto que la excesiva proximidad no le permite. Los relatos de ciencia ficción pueden trasladar sucesos actuales a un plano fantástico con el fin de lograr cierto tipo de distanciamiento que, al sacarnos de la rutina, permita un análisis más acertado y objetivo de la realidad.

Otras veces la ciencia ficción recurre a la caricatura, y para poner de relieve las taras y contradicciones de nuestro mundo, las lleva hasta sus últimas consecuencias, proyectándolas en el futuro y mostrándonos las terribles situaciones a las que podemos llegar si persistimos en determinados errores. Hay relatos de ciencia ficción que revelan la inconsistencia de ciertas ideas que damos por aceptadas gratuitamente, solamente con mostrarnos sus posibles consecuencias futuras.

La ciencia ficción es fundamentalmente especulativa. Los relatos de ciencia ficción parten de unas premisas imaginarias y desarrollan sus consecuencias lógicas, hasta llegar a conclusiones más o menos explícitas.

La ciencia ficción ha ganado, con el paso de los años, cada vez más calidad literaria por la contribución al género de escritores brillantes y de extraordinario talento -- creador. Hoy la ciencia ficción ya no es un muestrario de "aventuras espaciales", con vaqueros vestidos de astronautas y pieles rojas transformados en marcianos; hoy es una ventana abierta al mañana, a través de la cual examinamos, en panorámica, la condición del hombre, observamos los rasgos positivos y negativos de la civilización que éste ha creado y efectuamos la emocionante aventura hacia el futuro de la carrera que el Homo Sapiens inició en las cavernas prehistóricas con una herramienta de hueso en la mano.

El aspecto humanístico de la ciencia ficción, sus aspectos sociológicos, o incluso antropológicos, junto a su contenido netamente literario, en ocasiones incluso poético, han influido enormemente en el afianzamiento de este género, entre los lectores de lengua castellana.

Aplicación de las leyes de la física y de la química para explicar los fenómenos que ocurren en el mundo.

La ciencia ficción es un género literario que se caracteriza por la especulación sobre el futuro de la humanidad y el mundo. Se trata de un género que ha experimentado un gran desarrollo en los últimos años, gracias a la influencia de la ciencia y la tecnología.

" VENDRÁN LLUVIAS SUAVES. "

Este relato pertenece a la ciencia ficción y trata de un mundo futuro donde las condiciones climáticas han cambiado radicalmente. El autor describe un mundo donde las lluvias son suaves y agradables, lo que contrasta con el mundo actual.

RAY BRADBURY.

El mundo de Ray Bradbury es un mundo de imaginación y creatividad. Sus relatos exploran temas como la tecnología, la guerra y la condición humana. Su estilo es único y ha influido en muchos escritores de ciencia ficción.

La ciencia ficción de Ray Bradbury es un reflejo de su visión del mundo y de su preocupación por el futuro de la humanidad. Sus relatos son una invitación a pensar y a imaginar.

Aquella era una buena casa y había sido construída por las gentes que debían vivir en ella en el año 1980.

La casa era como muchas de aquel tiempo; alimentaba y entretenía a sus habitantes, les daba reposo y les proporcionaba una vida agradable. El marido, la esposa y sus dos hijos vivían desahogadamente, vivían felices incluso aquellos períodos en que temblaba el mundo. La casa contenía cuanto de refinado había en la vida, las cosas amables, la música, la poesía, los libros que hablaban, las camas que se calentaban y se hacían solas, el fuego de la chimenea que se encendía por sí mismo al atardecer; en fin, vivir allí era una continua delicia.

Pasó el tiempo y un día el mundo se estremeció. Se oyó una explosión seguida de otras diez mil explosiones, el cielo se enrojeció, cayó una lluvia de cenizas y radiactividad que acabó con aquella época feliz.

La voz del reloj cantó en la sala: *tic-tac, las siete, hora de levantarse*, como temeroso de que nadie lo escuchara. La casa estaba desierta. El reloj prosiguió hablando en el vacío de la mañana.

Suspiró el horno en la cocina y de su cálido interior ex trajo ocho huevos con resplandores dorados, doce lonjas de jamón, dos tazas de café y dos vasos de leche tibia. *Las siete y nueve, hora del desayuno, las siete y nueve.*

—Hoy es 28 de abril de 1985 —anunció la voz de un fonógrafo desde el techo de la cocina—. Hoy es el cumpleaños de mister Featherstone. Hoy es el día de pago de las cuentas de los seguros, el gas, la electricidad y el agua.

En algún lugar de las paredes resonaron los golpes secos de transmisores y bajo los ojos eléctricos se deslizaron cintas magnetofónicas. Hablaron voces grabadas, bajo las agujas de acero.

—Las ocho y uno, tic-tac, a la escuela, al trabajo, rápido, rápido —tic-tac—, las ocho y uno.

Pero las puertas no se cerraron de golpe, las alfombras no recibieron las presurosas pisadas de los tacones de goma. Afuera llovía.

En la puerta principal, la voz del tiempo cantó lentamente:

Llueve, llueve, zapatos de goma, impermeables... Y la lluvia repiqueteó sobre el tejado, estaban resecos. Un brazo de aluminio los arrojó a la pila y un remolino de agua caliente los arrastró hacia una garganta metálica, que los dirigió expulsándolos al mar distante.

Las nueve y cuarto —cantó el reloj—, *hora de la limpieza.*

Los pequeños ratones mecánicos surgieron precipitadamente de sus escondrijos incrustados en las paredes. Invadieron las habitaciones una multitud de diminutos animales de goma y de metal. Aspiraron el polvo acumulado de todos lugares y regresaron a sus madrigueras.

Las diez. Después de la lluvia salió el sol. La casa se alzaba solitaria en una calle llena de escombros y cenizas. Por la noche, la destruida ciudad emitía un resplandor radiactivo visible a muchos kilómetros de distancia.

Las diez y cuarto. El surtidor del jardín saturó la suave brisa matutina de ráfagas doradas. El agua, roció con delicado murmullo, los carbonizados muros del oeste de la casa, desprovistos ya de pintura. Toda la fachada era negra, salvo en cinco sitios. Aquí, la silueta (pintada de blanco), de un hombre segando el césped. Allí, una mujer se inclinaba para recoger flores. Un poco más allá, con sus imágenes grabadas sobre la madera en un instante titánico, un niño con los brazos en alto. Más arriba, la imagen de una pelota en el aire y, enfrente a él, una niña con las manos extendidas para atrapar una pelota que nunca cayó.

Quedaban en la pared aquellas cinco manchas de pintura: el hombre, la mujer, los niños, la pelota. El resto era una delgada capa de carbón.

La lluvia suave del surtidor llenaba el jardín con una luz en gotas.

Hasta aquel día, iqué pacíficamente había funcionado la casa! Con qué cuidado inquiría: "¿Quién está ahí?", y como no obtenía respuesta de las lluvias, de los zorros errantes y de los gatos plañideros, cerraba las ventanas y corría los visillos. Si un gorrión rozaba los vidrios las persianas crujían. ¡Sobresaltado, el pájaro se alejaba! No, ni siquiera un pájaro podía tocar la casa.

Por dentro la casa era como un altar con nueve mil serviciales robots, grandes y pequeños, solícitos, atentos, en coro, aunque los dioses habían desaparecido y el ritual carecía de significado.

Un perro aulló, estremeciéndose el porche.

La puerta principal reconoció la voz del perro y se abrió. El animal entró vacilante, fatigado, estaba en los huesos y cubierto de llagas. Dejó huellas de lodo en la alfombra. Tras él zumbaron los enojados robots mecánicos molescos por recoger la suciedad y las hojarascas, que arrastraron a sus refugios para dejarlas caer por el tubo que conducía a un incinerador, asentado en un rincón oscuro como un maligno Baal.

El perro corrió escaleras arriba y ladró histéricamente al atravesar las puertas. Arañó con violencia la puerta de la cocina. Tras ella el horno preparaba pastelillos cuyo aroma se extendió por toda la casa.

El perro respiró anhelante girando, corrió sin rumbo fijo y, mordiéndose la cola, cayó muerto.

Durante unas horas permaneció tendido en la sala de estar.

La una.

Al advertir el olor casi imperceptible de la descomposición, los regimientos de ratones salieron susurrando de las paredes, suaves como hojas caídas, con un fulgor en sus ojos eléctricos.

La una y cuarto.

El perro había desaparecido.

El incinerador del sótano resplandeció de pronto y un remolino de chispas se elevó por la chimenea.

Las tres menos veinticinco.

Mesas de bridge surgieron de las paredes del patio. Volaron las barajas y sobre las mesas cayó un diluvio de cartas. En un banco de roble aparecieron martinis.

Pero las mesas guardaron silencio; nadie tocó las cartas.

A las cuatro y media volvieron las mesas a las paredes.

Las cinco. Las bañeras se llenaron de agua clara y tibia. Una máquina de afeitar cayó en un recipiente lista para ser usada.

Las seis, las siete, las ocho, las nueve.

La cena fue preparada, servida, ignorada y retirada; el servicio de mesa lavado; en el estudio la tabaquera sirvió un cigarro con media pulgada de ceniza gris, humeante, esperando al fumador. Se animó el fuego del hogar, aunque inútilmente.

Las nueve. Las camas empezaron a encender sus ocultos circuitos pues la noche era fresca.

Un discreto golpecito en la pared del estudio. Se oyó una voz por encima del hogar crepitante.

—Señora Mac Clellan, ¿qué poema desea oír esta noche?

La casa permaneció en silencio.

Continuó la voz:

—Ya que no expresa preferencia, elegiré un poema al azar.

Una suave música surgió como fondo de la voz.

—Sara Teasdale, su poema favorito, me parece...

*Vendrán lluvias suaves y olores de la tierra,
y golondrinas que girarán con resplandecientes trinos.
Y ranas que en los estanques cantarán durante la noche,
y los ciruelos silvestres de blancura temblorosa.
Y petirrojos que vestirán plumas de fuego,
y silbarán sus canciones en los alambres de las cercas.
Y nadie sabrá que hay guerra,
nadie se preocupará del fin de la guerra.
A nadie le importará, ni a los pájaros, ni a los árboles,
si la humanidad entera desaparece.
Y cuando despierte radiante la primavera al amanecer,
apenas sabrá que hemos desaparecido.*

La voz concluyó el poema. Las sillas vacías se enfrentaban entre las paredes silenciosas y la música prosiguió.

A las diez la casa comenzó a morir.

Soplaba el viento. La rama de un árbol desarraigado rompió los cristales de la cocina. El frasco del detergente se estrelló contra el horno.

—¡Fuego! —gritaron unas voces—. ¡Fuego!

Las bombas dispararon chorros de agua desde los techos. Pero el disolvente se extendió por debajo de las puertas, in flamándose, mientras daban la alarma a coro.

El calor rompió las ventanas y el viento irrumpió en ayuda al fuego. Las escurridizas ratas de agua, haciendo girar sus ruedas de cobre, chillaban desde las paredes, disparaban su agua y corrían a buscar más.

¡Demasiado tarde! En algún lugar se paró una bomba. La lluvia del techo cesó de fluir. La reserva de agua se había agotado, tras llenar las bañeras y lavar las vajillas, durante muchos días silenciosos.

El fuego crepitó escaleras arriba, se nutrió de cuadros colgados, se meció perezosamente en los lechos y devoró todas las habitaciones.

La casa se estremeció, revelando sus huesos de roble, con su esqueleto desnudo retorcido por el fuego, sus alambres visibles, como si un cirujano le hubiera arrancado la piel dejando al descubierto las palpitantes arterias en el aire escaldado. Unas voces gritaban: "¡Socorro, socorro! ¡Fuego, corred!" Las ventanas se abrían y se cerraban violentamente, como bocas indecisas. ¡Fuego, corred! Las voces emitían lamentos con una trágica cadencia de canción infantil y el cándido coro griego se desvaneció al saltar los cables de la instalación. Más de un centenar de voces desgañitadas se apagaron, cuando las baterías de emergencia se fundieron.

En otros lugares de la casa, en el último instante bajo el alud de fuego, unos coros anunciaban la hora, el tiempo, diligencias, mientras otros tocaban música, recitaban poemas en el ardiente estudio, mientras las puertas se abrían y se cerraban con brusquedad, y los paraguas aparecían y desaparecían. Sucedieron mil cosas, como cuando en una relojería sueñan todos los relojes, a medianoche, como un carrusel chi--rriante, susurrante, impetuoso... Todo se acabó cuando los rollos de película se quemaron, los hilos se retorcieron y los circuitos se consumieron.

En la cocina, momentos antes del colapso final, el horno se puso a silbar histéricamente, preparando desayunos en proporciones neuróticas: diez docenas de pasteles, seis docenas de hogazas en tostadas...

El derrumbre. El altillo aplastó la cocina y los restos cayeron al sótano, luego al subsótano. La nevera, sillones, camas, magnetófonos, se derrumbaron en montón informe.

Humo y silencio.

La aurora apuntó lánguidamente por el Este. Entre las ruinas se erguía una pared solitaria. De su interior una voz repetía una y otra vez, mientras el sol se elevaba sobre el montón de escombros, humeantes.

—Hoy es 29 de abril de 1985. Hoy es 29 de abril de 1985. Hoy es...

4o. SEMESTRE.

AREA III.

UNIDAD X.

"EL EXAMEN"
(Richard Mathesson).

INTRODUCCION:

Richard Mathesson es un escritor norteamericano cuya creación literaria también se basa en la ciencia ficción.

En su cuento: "El examen" nos presenta un aspecto de la deshumanización. En un mundo en el que todo debe ser útil, - el sistema rechaza a los ancianos considerandolos como elementos no capacitados para seguir existiendo.

OBJETIVOS:

- 1.- Clasificar el relato: "El examen", según el género literario a que pertenece, explicando sus características y rasgos sobresalientes.
- 2.- Enunciar el tema.
- 3.- Explicar brevemente el argumento.
- 4.- Clasificar a los personajes de acuerdo a su importancia y caracteres físicos y morales.
- 5.- Explicar la estructura y desarrollo del relato, estableciendo sus divisiones.
- 6.- Explicar las ideas y contenido (en qué se basa el autor y por qué lo hizo así).
- 7.- Expresar una opinión personal.